



Quórum. Revista de pensamiento
iberoamericano
ISSN: 1575-4227
quorum@uah.es
Universidad de Alcalá
España

Leguina, Joaquín

Reseña de "Cambio de destino. Memorias." de Jon Juaristi

Quórum. Revista de pensamiento iberoamericano, núm. 15, otoño, 2006, pp. 179-182

Universidad de Alcalá

Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=52001516>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

 redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Reseñas bibliográficas



Jon Juaristi

Cambio de destino. Memorias

Editorial Seix Barral.
Barcelona, 2006.
400 páginas

COMENTARIO DE
JOAQUÍN LEGUINA
*Escritor y presidente
del Consejo Social
de la Universidad de Alcalá*

Cuando cierres la puerta, no hagas ruido.
La casa bulliciosa
olvidará tu paso al poco de irte
como se olvida un sueño desabrido.
No te valdrá el amor ni la paciente
Entrega a su cuidado.
Márchate silenciosa,
Suavemente.
Entre sus moradores alguien crece
para quien defendiste la techumbre,
los muros y los altos ventanales
donde la luz cernida comparece
cada nueva mañana.
Es la costumbre:
Permanecer no entraba en el contrato
y ahora debes partir. De todos modos,
no pensabas quedarte mucho rato.

Jon Juaristi (Bilbao, 1951), el autor de estas memorias, es ahora catedrático en la Universidad de Alcalá, pero ha sido antes muchas otras cosas, por ejemplo, Director de la Biblioteca Nacional y del Ins-

tituto Cervantes. Mas, sobre todo, es un poeta, con razón, muy apreciado (el poema que abre esta reseña es suyo). Euskaldún por el dominio de aquella lengua, maneja en castellano una prosa más sobresaliente y es un ensayista agudo y clarificador (Premio Nacional de Ensayo en 1998).

Sus libros más conocidos giran en torno al fenómeno identitario vasco y a las perversiones que de él se han derivado: «El linaje de Aitor» (1987), «Vestigios de Babel» (1992), «El bucle melancólico» (1997), «Sacra Némesis» (1998), «El bosque originario» (2001) y «El reino del ocaso» (2004) forman un conjunto coherente, de extraordinario nivel intelectual y de lectura imprescindible para quien desee conocer lo que ha pasado y pasa en ese laberinto ideológico-político que comienza en Pancorvo y concluye frente al mar Cantábrico o al pie de los Pirineos.

Estas «memorias» —cuyo título proviene de la jerga administrativa española que se le aplicó al

autor cuando abandonó la dirección del Instituto Cervantes y regresó a la Universidad— constituyen una obra literaria de muy grata lectura para quien se acerque a ella, además de ser una narración clarificadora respecto al destino de una generación de vascos antifranquistas que estaban en torno al quinto lustro de sus vidas cuando el dictador decidió, al fin, morirse (1975). Y estamos ante un destino trágico, aunque el lector no apreciará ninguna queja personal en el libro de Juaristi. Trágico no tanto por inexorable como por doloroso y por injusto. Intentaré explicarme.

El propio Juaristi asegura en el prólogo que, al fin, se sintió capaz de abordar la empresa de colocarse ante su propio pasado «con la frialdad necesaria para evitar ordalías sentimentales (no hablo de emociones dolorosas, porque a mi edad el pasado ya no duele, sino de las ineludibles sensaciones retrospectivas de vergüenza y autocompasión)».

Porque, en verdad, ha sido muy duro lo que les ha pasado a estos vascos, como lo es Juaristi, entregados primero a la batalla contra Franco, la mayor parte —también Juaristi— desde las filas del nacionalismo, incluso de las de ETA (Juaristi pasó algún tiempo —muy poco— en los aledaños de la banda)... y luego, cuando la democracia lle-

gó a España, verse perseguidos como perros bajo las amenazas de muerte de «otros puños y otras pistolas», precisamente los puños y las pistolas del Movimiento Nacional de Liberación que persigue y mata en nombre del Pueblo Vasco Trabajador. Motejados, además, no sólo de enemigos sino, más sonoramente, de traidores. Una generación de valiosos intelectuales se ha visto trasterrada (cuando no asesinada) por el mero hecho de no comulgar con las ruedas de molino de ETA o, en general, del nacionalismo. Un grupo de personas que han tenido el valor cívico y la valentía personal de no callarse, de no uncirse al carro, de mantenerse en pie cuando tantos se pusieron de rodillas, en un silencio cómplice y cobarde.

Pero el libro es bastante más que una narración política; estamos ante «la educación sentimental» de un hombre, representativo, por tantas razones, de una *generación maltratada*. Una educación sentimental, digo, porque entiendo que en el caso de esta buena gente (y también en el de mi generación, que es casi la suya) las decisiones políticas, incluso las ideas políticas se vieron precedidas por los sentimientos. Sentimientos de pertenencia y, sobre todo, sentimientos de rebeldía contra la incuria, la persecución y la injusticia.

Se dice, y con razón, que la calidad de una autobiografía o de unas memorias se mide por el éxito o el fracaso a la hora de narrar el autor su propia niñez. Leer esta niñez bilbaína de Juaristi me ha resultado tan placertero como ilustrativo. El 18 de abril de 1937, el joven de 14 años Jon Juaristi había bajado con su familia a ocultarse en un refugio para huir de las bombas alemanas que maltrataban ese día Bilbao. Al salir del refugio, el chico encontró en el suelo una pistola y se sentó en las escaleras de las Calzadas, que unen el Casco Viejo con la basílica de Begoña, para ponerse a jugar con ella. El arma se disparó y mató al muchacho. Este joven era hermano del padre del escritor y éste heredó el nombre de su tío, malogrado en edad tan temprana. «La conmoción que me causó el descubrimiento de la lápida (con el nombre de su tío en el cementerio de Derio) dio paso a un terror supersticioso. La convicción obsesiva de poseer en el más allá un *Doppelgäger* cuyo destino determinaría el mío no me abandonaría hasta que hube cumplido los quince años».

El entramado familiar que Juaristi describe con gran viveza literaria nos ilumina sobre el Bilbao que existió en derredor de la guerra civil más que cualquier li-

bro de Historia. Reproduzco una anécdota que resulta —al menos para mí— muy ilustrativa del Bilbao que yo también conocí. «Las chicas que venían a servir en casa de mis bisabuelos —cuenta Juaristi— solían ser vascongaditas de Bermeo o Gatica que sus familias enviaban a Bilbao para que aprendieran castellano y se casaran con obreros de los astilleros de Sota, que eran nacionalistas y católicos practicantes. Por lo general, llegaban aterradas. Una de ellas, especialmente tímida, volvió de misa, el primer domingo después de su arribada, con una sonrisa espléndente. Sospechando que algún sinvergüenza le había tirado los tejos, mi abuela le preguntó por qué estaba tan contenta. *“Andria, ba’kizu?”* —le contestó ella—. *“Begoñam be mezie euskeraz diñoe, Gatikan lez!”* [“¿Sabe señora? ¡En Begoña también dicen la misa en vascuence, como en Gatica!”] Sobra aclarar que la misa se decía entonces sólo en latín, tanto en Begoña como en Gatica o en Pampliega».

Otra anécdota narrada por Juaristi (página 103) va a poner al lector tras las pistas que definirán la vida del autor. En primer lugar, su carácter y luego su relación con la lengua vasca. «Después de la traumática extracción de las amígdalas —escribe Juaristi—, yo oponía un

rechazo histérico al más mínimo conato de aproximación quirúrgica. Cuando el doctor Pereiro se disponía a inyectarme la anestesia, lancé un berrido tan infrahumano que el odontólogo se incorporó, lívido de furor, y ordenó a mi madre: «Llévatelo antes de que lo mate». Tras denodadas negociaciones, se consiguió una nueva cita. Mi padre me advirtió. «Iré contigo y si veo que haces un gesto raro, de la primera bofetada te pongo mirando a Castro-Urdiales». Soporté la intervención con una taciturnidad siniestra. Salimos a la calle y mi padre dijo: «No te has portado mal. ¿Quieres que te compre alguna cosa?» Ante su asombro, en vez de dirigirle a la juguetería de Razquin, unos portales más allá de la consulta de Pereiro, le hice cruzar la calle y lo situé frente al escaparate de la vieja Librería López. «Quiero eso», dije señalando un libro encuadrado en tela azul. Volví a casa llevando bajo el brazo *Euskaldun berri*, de Isaac López Mendizábal, un método para aprender eusquera inspirado en el *Assimil*. Durante ese verano dediqué unas ocho horas diarias al estudio de la lengua vas-

ca. En septiembre ya la tenía dominada. O eso creía yo».

En fin, estamos ante un libro amargo y a la vez luminoso que ilustra y, a su modo, analiza, es decir, destripa un pasado que no es sólo el de los vascos, también lo es de todos los españoles.

Y su lectura es acaso más urgente ahora que las cosas parecen indicar, aunque nunca se sabe, que el asesinato político y la violencia pueden estar dando sus últimos pasos. Ya veremos cómo, cuándo y con qué resultado.

Entretanto, leamos este libro para poder mirar con ojos más abiertos y también más sabios ese futuro, porque hay cosas que no cambian fácilmente y menos después de haber dedicado —como lo han hecho muchos etarras— buena parte de su vida a matar gente. A éhos quizás les sea aplicable aquel refrán castellano que le oí recitar a una casera que vendía verduras en la plaza del mercado, próxima a los jardines de Albia, una mañana invernal de 1961. La mujer, dirigiéndose a otra que, no sé en qué cuestión, la había defraudado, con el acento inconfundible de la tierra, dijo: «*Aunque mona se vista de seda, tú mona siempre*».